
EN LA MUERTE

de la eminente poetisa doña Gertrudis Gomez
de Avellaneda.

¿Qué acento es ese, lastimero y hueco,
Que en los espacios se dilata y vuela,
Cuyo apagado, estremecido eco
Oprime el corazón, el alma hiela?
Parece de una madre desdichada,
Que el hijo de su amor, triste, ha perdido,
Indefinible exclamación lanzada
De lo más bondoso de su pecho herido:
O bien flébil sonido
Arrancado á una lira misteriosa,
Por invisible mano,
En medio de la noche silenciosa.
Gemido sobre humano,
Desgarrador lamento,
Que al extenderse en ondulantes giros
—De aura fugaz con el suave aliento—
— Por la región vacía,
Remedando tiernísimos suspiros,
De una amarga y letal melancolía

El ambiente satura
Que el corazón al aspirarle apura.

Oid ! ya más distinto,
Ya más claro resuena...
Es una voz dulcísima que llena
El anchuroso etéreo recinto...
Voz doliente, apenada,
De timbre sonoro y argentino;
Voz en lágrimas tristes empapada,
Que sólo exhalar puede
De algún sér celestial lábio divino...
— ¡Oh! ni un mortal sobre la tierra queda!..

— ¡Lo ois?... la voz conmovedora exclama —
• Que de sus turbios ojos,
De ardiente lloro abrasador torrente
No vierta ante los pálidos despojos
De la que tanto fatigó á la Fama,
Haciéndola llevar de polo á polo,
Las notas de su canto prepotente;
Y á cuyo nombre solo,
; Hasta el alma más fría
Hervir en ella el entusiasmo siente !

El génio de la excelsa poesía,
Que dió á su lira misteriosos sonos,
Que de la inspiración la dulce llama
Cuyo puro destello —
El mismo hielo endurecido inflama —
En su mente encendió; que á sus canciones
Puso el celeste sello

De lo sublime, de lo grande y bello
Conque hiciera latir los corazones,
Hoy dobla la cabeza
Bajo el dosel de sus nevadas alas,
Y prosternado ante el cadáver yerto,
Presa de indescriptible desconsuelo,
De profunda tristeza,
Marchitas ya las esplendentes galas
Que ornán su veste, y el laúd cubierto
Con fúnebre crespon, acerbo duelo
Denota en su actitud desesperada;
; Que nada puede consolarle, nada !

Fúlgido sol, á quien valiente canto
Su voz alzó con brío;
Palida luna que en la noche triste
Tú sola ver pudiste
Los amargos raudales de su llanto,
Y que el origen del dolor sombrío
Oculto en el ígnoto santuario
De su alma grande, levantada y noble,
Tú sola penetraste y comprendiste;
De nuestra luz un rayo dulce y pio
Venid á derramar sobre el sudario
En que se envuelve su cadáver frío
Próximo á descender al funerario
Lecho de tierra, en el que á polvo leve
La humana vestitura
Conque cubrió á su hechura
El Criador, reduciráse en breve
; Flores, hermosas flores

Que sois con vuestros mágicos colores
Y espléndida belleza
Gloria de los pensiles,
Y heraldos que, al henchir con vuestro aroma
Las alas impalpables y sutiles
De la ligera brisa, en el idioma
Desconocido, sí, pero elocuente
Que habla naturaleza

— Y solo aprende el corazón que siente, —
Proclamais el poder y la grandeza
De aquel que os dá — desde su excelsa altura —
Hechizos y perfumes y hermosura :
Doblad vuestra cerviz encantadora
Como señal de duelo !

¡Ay que la amante y férvida cantora
Que tanto os adoraba, huyóse al cielo!

.....
¿ No es ilusion ?.. ¿ La parca inexorable

— Con inclemente saña —

Habrà hundido su pérfida guadaña
En el pecho entusiasta y generoso
De la sublime musa ?... Perdurable,
¿ Por qué no es, ¡ oh Dios mio ! la existencia
Del sér privilegiado y venturoso
Cuya alma inteligencia

Un rayo puro de la tuya baña ?...
Más... ¡ Ah ! otra vez el fugitivo viento
Me trae el eco de una voz extraña,
Cuyo solemne y majestuoso acento
Algo severo é imponente entraña.

— ¡ Quien osa — dice — temeraria queja
Imprudente elevar ? ¡ A quién asusta
Tanto el fallo eternal, que al lábio deja
En nécias frases prorrumpir sin tino
Como increpando al árbitro divino ?
¡ Oh ! ¡ tanto vale ese existir menguado,
Esa vida rüin y miserable

Cuyo áspero camino
Está do quier sembrado
De erizadas espinas, que destrozan
Sin compasion el corazón humano :
Donde el mayor placer es deleznable
Sombra fugaz que de los brazos huye
Cuando más por asirla, lucha en vano,
Sueño que amargo despertar destruye ?

¿ Qué en ese mundo los mortales gozan
Para que así su pérdida deploran,
Para que — ¡ nécios ! — sin consuelo lloren
Cuando una criatura le abandona
Obediente al decreto soberano ?...

¡ Nace el hombre ! tristísimo gemido
La vida al saludar, su boca exhala ;

Tal vez desconocido
Presentimiento se le arranca : acaso
Prevée ya la cohorte monstruosa
De funestos dolores

Porque ha de ser sin tregua perseguido
De su oriente á su ocaso.

Crece despues, y rápida resbala
La bella edad de su niñez dichosa ;

Más ; ay ! que tiene en pós la adolescencia,
 Luego la juventud : de la inocencia
 El límpido cristal, negros vapores
 Comienzan á empañar... Ya la conciencia

No duerme tan tranquila...

Esperanzas, deseos, ilusiones...
 Sueños de amor, de gloria de ventura,
 Roban su paz, encienden su pupila,
 Exacerban, excitan sus pasiones,
 Y le mantienen en cruel tortura.
 Llega al umbral de la vejez; gastadas
 Están sus fuerzas por la cruda lucha
 Entónces, en su interior — ; mísero! — escucha
 Una voz vaporosa que le exige

De las horas pasadas

En punible abandono,

Estrecha cuenta, y con adusto tono
 Duras reconvencciones le dirige —
 Con que su pobre espíritu se aterra...

¿ Y ésto es vivir mortales ?

? Y os duele huir de tan horribles males
 Como ese mundo en que habitais encierra ?

; Basta ! ; Jamás el importuno lloro

Llegue á turbar de la callada tumba
 En que va á hundirse el cuerpo inanimado
 De la augusta cantora, el misterioso
 Silencio ! El arpa de las cuerdas de oro
 Que su mano pulsó, tambien sucumba

Y á su lado repose,

Para que nunca un eco quejumbroso

— Al agitarla el viento — lanzar ose !

; Ella es feliz ! de inmarcesible gloria

— Luce eternal diadema,

Que el mismo Dios, inmenso, omnipotente
 Ha querido poner sobre su frente,
 De virtud y de génio como emblema ;
 No cual la que ceñisteis

A sus mortales sienés, ilusoria
 Como el frágil laurel de que la hicisteis
 Y qué, cual él tornóse en vil escoria ;
 Si nó bella, fulgente, inmarchitable,
 Lo mismo que su Autor, invariable !

.....

 ; Es verdad ! ; Es verdad ! En la garganta
 El rebelde sollozo

Ahuguemos con valor ! Tal vez ahora

Su alma henchida de celeste gozo

Un himno tierno de alabanzas canta.

Mientras que en éxtasis divino adora

Al Supremo Señor de lo creado

Y besa humilde su sublime planta.

« ¡ Que el vulgo de los hombres asombrado

Tiemble al alzar la eternidad su velo ;

; Más la patria del génio está en el cielo ! »

ERMELINDA DE ORMAECHEU

LUZ.

De densa niebla, el pabellon flotante
envuelve al mundo entero en su capúz;
; ay si un rayo de sol puro y brillante
á alumbrarme viniera con su luz!

El mundo cruzo con incierto paso
buscando de una estrella el resplandor;
buscando un sol que brille sin ocaso
y alumbre las tinieblas del dolor.

Y pisando del mundo los abrojos
en vano busco con creciente afan,
que si brilla una luz ante mis ojos
es la abrasante llama de un volcan.

Entre sombras cruzando mi camino
en vano busca el pensamiento luz...
en vano nó, que el resplandor Divino
miro del sol que irradia en una Cruz.

FILOMENA DATO MURUAIS.

LA PRIMERA CITA.

IRENE.

Baja á la reja esta noche,
y verás lo que es canela;
que á un peladero de pava
nada en el mundo le llega.

I.

Hay sobre el amor tan varias
y encontradas opiniones,
que cuanto más se discute,
se encuentran ménos conformes.
Unos le llaman abismo
y perdicion de los hombres
y otros, el mejor consuelo
de los humanos dolores.
Ya le pintan como esclavo
del interés vil y torpe;
ya generoso y sublime,
todo luz, todo ilusiones,
y aunque es verdad que se abusa
con frecuencia de su nombre,
y que de máscara sirve
á las más negras traiciones,
tambien es verdad que encierra

encantos que desconocen
los que jamás le sintieron
latir en sus corazones.

Mas sin intentar siquiera
convencer de sus errores
ni á los que infierno le llamen,
ni á los que gloria le nombren,
me limito á retratarlo
en el valle de las flores,
en la hermosa Andalucía,
en el jardín de la España, donde
una eterna primavera
cubre de verdor los montes
y entre celajes de oro
el ardiente sol se esconde.

Sin seguirle en su camino
que es, con raras excepciones,
igual al que en todo el mundo
por moneda de amar corre,
voy á pintarle tan sólo
en la venturosa noche
que tienen galán y dama
la primer cita de amores.
Horas por cuyo recuerdo
de puros y dulces goces,
aunque el hielo de los años
entibie los corazones,
siempre alguna chispa brota
con encendidos fulgores,
entre la ceniza fría
de las muertas ilusiones.

II.

Es media noche, la luna
esparce rayos de plata,
y las calles de Sevilla
con trémulo fulgor baña.
Perfumadas de azahares
vagan inquietas las auras.
y con suaves murmullos
entre los árboles cantan.
Ya de la Giralda altiva
las armoniosas campanas
han lanzado á los espacios
la misteriosa plegaria.
Notas cuya melodía
hiere dulcemente el alma,
saludo del día que viene,
despedida del que acaba.
Profunda soledad reina,
todo en silencio descansa,
Sevilla entera parece
una ciudad encantada.
Mas en la acera sombría,
donde la luna no alcanza,
un galán, mientras espera;
con su impaciencia batalla.
Su noble y gentil talante
encubre la airosa capa,

cuyo embozo diestramente
la morena faz recata.
Con inquietud se pasea
y una vez y otras mil pasa
ante una reja que mira
por su martirio cerrada.
Y cual si fuera el acero
y hecha de iman la ventana,
si se aleja pronto vuelve
para de nuevo mirarla.
¡ Con qué afán clava sus ojos
En la persiana labrada,
donde espera que se asome
el iris de su esperanza !
Mas, como dice un adagio,
y es una verdad probada,
no hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague,
al fin misteriosa mano,
con leve rumor, declara
al impaciente mancebo
la presencia de la dama.
Allí está muda, temblando,
conmovida de su audacia,
en su rubor tan hermosa
como espera ser amada.
Y él encantado la mira
sin hallar una palabra
entre las mil que á sus labios
por salir junas se afanan.
¡ Qué dicha ! persiana y reja

solamente les separan,
y no temen de importunos
las curiosas asechanzas.
La noche, la blanca luna
el dulce rumor del aura,
son dichosos mensajeros
de amorosas esperanzas;
y cuando el gallardo amante
el nudo á su voz desata,
estas palabras se lleva
la leve brisa en sus alas :
— Aunque te estoy mirando
dudan mis ojos,
si se engañan al verte :
¡ son tan dichosos !
¡ Cuánto anhelaba
decirte lo que siento,
luz de mi alma !
¡ Ves cuantas estrellitas
tiene ese cielo
que extiende en los espacios
su azul sereno ?
Muchas más penas
llevo por tí sufridas
sin merecerlas.
Recelos y temores
y amargas dudas,
en mi pecho tenían
eterna lucha.
Mas esta hora

me hace olvidar, bien mio,
mis penas todas.
Como á la mar el Bétis
corre sereno,
hácia tí va mi alma,
mi pensamiento,
; Cuanto te adoro !
No se cansan de verte,
niña, mis ojos.
Pero no me respondes...
; Por qué suspiras ?
Porque temo mudanzas.
— ; Luz de mi vida !
Esos temores
son pruebas porque pasan
los corazones.
Antes en noche eterna
la lumbre pura
del sol, ha de trocarse
con triste angustia,
que en fiel anhelo
olvide ni un instante
mis juramentos.
Pero nada contestas...
dí, ; no me quieres ?
; podrás quizá olvidarme ?
— ; Te amaré siempre !
— Y yo te juro
con el alma y la vida
ser siempre tuyo

Y en pláticas semejantes
pasan las horas veloces,
ligando las tiernas almas
con lazos de bellas flores.
Después... vienen desencantos
y las cadenas se rompen ;
pero al recuerdo suave
de aquella cita de amores,
aunque el hielo de los años
entibie los corazones,
siempre alguna chispa brota
con encendidos fulgores
entre la ceniza fria
de las muertas ilusiones.

ISABEL CHEIX.

CUENTO.

Una niña gentil, sencilla y pura
á quien la hada Virtud patrocinaba
del mundo en la amargura,
su noble corazón y su hermostra
eran único bien que atesoraba.
Viéndola sola al comenzar la vida,
la maga bien quisiera
darle amorosa maternal egida,

más al libre albedrío sometida
que en el humano impera,
tan sólo puede ser su consejera.

— «Un príncipe, un pastor te aman» — le dice :-

Oye; juzga, y escoje: ya certera
luz á tu mente di: ¡ bastante hice! »
Grave la niña espera,
y el príncipe le habló de esta manera:

— « Yo desciendo hasta ti: divina estrella
absorto te admiré, y ardí en el fuego
del deseo que todo lo atropella
cual vivida centella
que dá luz al nacer y abrasa luego!

Oro placer, y halago á los sentidos
quiero darte, y joyeles y brillantes,
que ostenten sus primores rutilantes
á tu hermosura espléndida añadidos!
¡ Dar envidia, gozar, ese es mi emblema!
¡ Tóma, ciñe de hermosa la diadema! »

— « Elévame hasta ti » — tierno decia
el pastor con afán — « Te amo de suerte
que por besar el limbo de tu falda
arrostrára feliz hasta la muerte,

Yo tejeré de flores tu guirnalda:
yo te daré el vellón de mi ganado;
fresca leche, y la miel dulce y sabrosa
de panal regalado!

¡ Vivir ante tus plantas prosternado;
dar mi vida á tu amor, llamarte esposa,
es sueño realizado!

Si te aman los sentidos ¡ vida mía!

más te ama el corazón: ¡ tú eres mi cielo!
Trabajar para ti será mi anhelo;
! respeto, amor, virtud, serán mi guía! »

— La niña no dudó: — « Los dos me aman, »

— pensó: « mas ¡ cuán distintos sentimientos
y cuán distinto amor los dos proclaman!
¡ El corazón comprende sus intentos!
¡ O juguete, ó mujer; ¡ Dicha modesta!
¡ Vergonzoso esplendor!... ¡ Seré pastora!
Amor, virtud y fé con quien me adora;
¡ Realidad é ilusión!... ¡ La dicha es esta! »

ELISA DE LUXAN DE GARCIA DANA.

LA VIOLETA Y EL SOL.

En lejano valle oculto
nació una violeta blanca,
allí esparce sus aromas,
que el aura envuelve en sus alas.
Nació sólo y sólo vive;
casualidad, esa maga
que hace y deshace á su antojo
allí quiso colocarla.
Nunca el sol llegó hasta ella
que en diurna carrera pasa
sin que un sólo de sus rayos

temple su oculta morada.
Tan sólo un tibio arroyuelo
su soledad acompaña
que rodando murmurante
vá á perderse entre espadañas.
Por eso la pobre flor
vive á sí misma entregada,
pues que del astro arrogante
el vivo amor no esperaba.
Una tarde, la violeta
más fresca, más perfumada
que nunca, sentidas quejas
en su soledad exala
diciendo: — ¿Y he de vivir
sin amor, sin esperanza,
triste, aislada para siempre?...
¿Por qué no tengo una hermana?
¡Mejor es no haber nacido
que vivir abandonada!
Mas nó, no quiero morir
tan pronto, tan solitaria,
porque vivir es amar
y la vida es la esperanza.
Sin el sol, mi bien amado,
hasta el ambiente me falta:
si uno sólo de sus rayos
en mi alma se filtrára
por muy dichosa me diera.
y cuán feliz si me amára!
Las quejas de la violeta
siempre el arroyo escuchaba,

y murmurador que era
y ansioso de consolarla,
convertido en débil bruma
al éter azul se alza
y al sol refiere la cuita
de la flor enamorada.
Entónce el ástro que nunca
su luz en ella posára
la miró, y quedó prendado
de tanta modestia y gracia.
Inundóla con su luz
y su amor le dió sin tasa
Desde aquel día sus rayos
dulcemente la cercaban,
pues su rotacion continua
hizo que al valle bajára.
Y como amor es la vida
y la vida es la esperanza,
la flor recobró su brillo,
su frescura, su fragancia,
que entónces todos los días
es por el sol visitada.
Ya es feliz, morir no quiere
que el amor llena su alma:
ya no dá quejas al viento,
el ambiente no le falta.
El cristalino arroyuelo
viéndola feliz se calla
que tanta felicidad
como obra suya estimaba,
y por no evitar sudicha

la envidia en silencio y marcha.
Ambos amantes contentos
su mútua dicha gozaban :
él su amor lo daba inmenso,
ello su esencia le daba.
Dulces las horas corrían,
rápidas para el que ama,
y el astro se despedía
de la florecilla cándida,
para hallarla á la otra aurora
más pura, más perfumada.
Mas como todo termina,
tode en tiempo dado acaba,
la pobre flor que ántes era
tan hermosa, tan lozana,
empezó á languidecer
no por falta de esperanza,
sino por exceso acaso
de ventura tan ansiada.
; Cuán cierto es que aquello mismo
que nuestra dicha consagra
se convierte en nuestro daño !
Así es que la flor preciada
aunque el amor es la vida
y el sol la suya llenaba
áquel amor deseado,
de su muerte fué la causa.
Las auras no la reaniman,
su rica esencia no exhala,
del sol la dulce influencia
no es ya bastante á salvarla,

decretada está su muerte.
El arroyo que á sus plantas
se arrastra, como tratando
de que su frescura grata
reanime su flor querida
ve perdida la esperanza :
pues cada vez más marchita,
más mustia, más deshojada
de su tallo desprendiose.
yendo á morir en sus aguas

ISABEL CAMPS ARREDONDO.

EL SUICIDA.

Compadeced al infeliz suicida,
respetad al vencido del dolor,
y en vez de murmurar ágría censura
decid una oración.

Quizá como vosotros, algun día
el porvenir sereno contempló
viéndose rodeado de los suyos,
bendecido de Dios.

Un destino fatal y omnipotente
de su felicidad le arrebató
y con mano invisible hácia el abismo
por siempre le arrastró

Una vez junto al borde, sintió el vértigo:
quiso luchar y débil se encontró,
y herido y ciego al intentar asirse,
el vacío abrazó.

ESPERANZA GALLEG0 Y DEL BUSTO.

SOLEDADES

¡Qué hermosa soledad! lejos del mundo
oyendo solo el canto de las aves
y el ruido de las fuentes, y el gemido
de las hojas mecidas por el aire.

¡Qué amarga soledad, aquí en el mundo
en medio del bullicio de la fiesta
sin hallar entre tanta muchedumbre
un solo corazón que me comprenda.

ESPERANZA GALLEG0 Y DEL BUSTO.

Á NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

ODA.

Junto á la hermosa córte de Castilla,
bajo su cielo azul y trasparente,
de Atocha el santuario se levanta
en honor de la Virgen sin manecilla
¡ Ante esa imágen santa,
cien reyes han doblado la rodilla,
dándola por alfombra de su planta
trofeos y pendones,
y cien generaciones
con fé pura y ardiente
la ofrecieron sus votos y oraciones,
difundiendo su nombre venerando
de nacion en nacion, de gente en gente!

Como en el seco erial florido huerto
ó el oasis de fuente cristalina,
donde apaga su sed el que camina
por la candente arena del desierto,
aquí se eleva el sacrosanto asilo
y auras de paz á todos nos ofrece;
en él descansa el corazon tranquilo
y el alma se dilata y se engrandece.
Rugen, luchando en la ciudad vecina

el orgullo, el rencor, las ambiciones,
y ante esos muros débiles se apaga
del mundo el eco vano,
y se estrella el rumor de las pasiones
en el dintel del templo de María,
como en la blanda arena de la playa
las roncas olas de la mar bravía.

Los que gozais trayendo á la memoria,
de épocas grandes los gigantes hechos,
venid á este recinto
y arderán de entusiasmo vuestros pechos
siendo en él, agrupadas,
de Aragon y Castilla las banderas,
y el pendon imperial de Carlos quinto.

¡Triunfantes en Granada y en Lepanto,
vencedoras doquier, jamás vencidas,
la tierra las miró muda de espanto !
¡ Guiadas por María y bendecidas,
precedíalas siempre la victoria,
y el orbe recorrieron
dejando una ancha ráfaga de gloria
que los futuros siglos no extinguieron !
á la augusta Señora hoy consagradas,
son cual brillantes páginas, rasgadas
del poema inmortal de nuestra de historia!

Guarda en la suya bellas tradiciones
la virgen celestial de Antioquía,
que el pueblo, con fé pia,
repite en sus sencillas narraciones.

Ora os referirá, cual la tormenta
cubriendo el cielo con su negro manto
coronada de rayos se presenta,
llenando á Mántua de terror y espanto
de María invocando el nombre santo
queda el rayo en el éter suspendido ;
la nude huye y no estalla ;
la ronca voz de la tormenta calla ;
el iris resplandece ;
azul el cielo brilla,
y el sol claro aparece,
inundando los campos de Castilla .

Otra vez, es la peste asoladora
que el aire infesta con letal veneno ;
tiembla la virgen y la madre llora
estrechando á sus hijos contra el seno ;
la muerte en el ambiente se respira ;
se eleva un hondo y lúgubre gemido,
y el tierno niño espira,
con el misero anciano confundido,

¡ Llega á María el general lamento ;
vé al pueblo que de hinojos la suplica,
y el celestial aroma de su aliento
la atmósfera infestada purifica !

¿Quién no vió las tormentas populares
rugir, crecer y levantarse airadas,
destruyendo los templos, los altares,
y á impulso de sus rudas oleadas,
vacilantes temblar en sus cimientos
altas instituciones seculares ?

¿Quién no ha visto, trabada la batalla
con qué furor las armas se esgrimían!

Al áspero silbar de la metralla
rios de sangre por Madrid corrian,
ruinas, desolacion, lágrimas, duelo,
por doquiera los ojos descubrian...
de súbito, dejando su áureo trono
la Madre del Señor, tendiendo el vuelo,
fija su planta en el sangriento suelo.

Su invisible presencia
al punto calma el fratricida encono;
cediendo á su benéfica influencia,
los que con ira ciega peleaban,
dejan caer las armas de sus manos,
y se unen y se abrazan como hermanos,
los que rencor eterno se juraban!

Tras esos dias de maldad y horrores,
otros dias mejores
debimos á sus ruegos maternos,
que atesoran sus manos virginales,
bálsamo para todos los dolores,
remedio para todos nuestros males!

Dígalo nuestra reina esclarecida
que vió, dos veces, su preciosa vida
por el puñal traidor amenazada :
el manto de María fué su égida,
y desvió su diestra inmaculada
el brazo criminal del regicida.

Dígalo España entera,
que con amor inmenso la venera
y la aclama su augusta protectora,
A ella su honor confia, en ella espera,
é inundándola en vívidos fulgores,
la estrella esplendorosa de Antioquia
la pátria de Pelayo y san Fernando,
ilesa y pura conservó la llama
de la acendrada fé de sus mayores.

Este es su pueblo; el que prefiere y ama;
pródiga para él siempre en favores,
paz vertiendo, rencores apagando,
hará que grande y respetado sea,
y, tal vez, que algun dia
más dilatados sus confines vea,
porque á las glorias de la patria mia,
vá unido siempre, el nombre de María :

DOLORES CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.

Setiembre de 1866.

¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!

ODA (1).

¡Guerra! guerra al Islam pueblo altanero
Que nuevamente con audacia tanta,
La excelsitud del pabellon Ibero.
Hollar queria con su inmunda planta:
¡Guerra al Arabe infiel! el grito fiero
Desde el Calpe al Pirene se levanta,
Narrando el lábio con tremenda furia,
Antiguos daños y reciente injuria.

Y cual tostada miés que el rayo inflama,
Si el fuego atiza el huracan violento
Por extensas comarcas se derrama
Y amenaza llegar al firmamento,
Así del pátrio amor la intensa llama
Veloz difunde el belicoso acento,
Y sube y toma cuerpo y se prolonga,
Cual la voz de Pelayo en Covadonga.

¡Oh! bien haya ese ardor! ya no es delito
El entusiasta afan del pecho hispano

(1) Composicion escrita al principio de la guerra de España contra Marruecos en 1859.

Alzar ya puede sin desdoro el grito
Que revela su brio soberano,
Regenerado y por Jehová bendito,
Flota el egregio pabellon cristiano,
Cual flotó del Salado en las arenas
Y vencedor de las huestes agarenas.
Ya ni mote ni empresa fraticida,
De su agosto blason el brillo empaña
Y ondulante en los mástiles convida
A llevar el combate á tierra extraña;
Vuela á su pié la hueste enardecida
Que clavar jura con altiva saña,
En el Miltisin atlántico encumbrado.
Nuestro pendon triunfante vindicado.

El que venció en las Navas y en Lepanto
Con asombro y terror de las naciones,
Y en Clavijo sembró muerte y espanto,
Protejido por célicas legiones,
Y en el nombre de Dios tres veces santo
Extrañas greyes conquistó y regiones
¿No domará esas tribus desleales
Del desierto famélicos chacales?

Si domará, partid, partan gozosos
Los entusiastas fuertes adalides
Que heredaron los brios belicosos
De los buenos Guzmanes y los Cides
Háganse al mar los que de prez ganosos
Ansien los laures de guerreras lides,
Justa es la causa, bravo el enemigo,
Extranjero el palenque y Dios testigo.

Desde estas ricas playas catalanas

A do nuestras galeras remadoras,
De las ardientes costas africanas
Pingüe botín trajeron vencedoras
Cautivas aportando á las tiranas
Y aborrecidas galeotas moras,
Desde este puerto rey del mar un día,
Partid, bravos, partid, el cielo os guía.

La Reina de los ángeles potente,
En su trono de luz, desde la esfera,
Os escuda con égida fulgente
Que satánico dardo no vulnera ;
Id, venced, eclipsad la decadente
Pálida luna de la infiel señora,
Con la luna creciente que argentada
Brilla al pié de María inmaculada.

Partid, partid, las ondas procelosas
Dejan al veros su profundo seno,
Para asaltar las costas ardorosas
Do os espera soberbio el agareno ;
Ya madres no teneis hijos ni esposas,
Sólo la España es hoy madre del bueno,
Aquí la pátria está, allí la gloria,
Y entre las dos tan solo la victoria

Con el igneo motor que de la vela
Presta el impulso á la tajante quilla,
La escuadra armipotente rauda, vuela
Con la nueva cruzada de Castilla,
De cada nave en la movible estela
Reflejando fugace el color brilla
De nuestro egregio pabellon flottante,
Que parte altivo y volverá triunfante.

Así en el mar abriéndose sendero
Pronto la armada magestuosa avanza,
Cruza del *Freto hercúleo* el derrotero
Fiada en su justicia y su pujanza,
Por que al llevar al Africa su acero
No mueve á España tanto la venganza,
Como el d'jar á la cultura abierta
De esas regiones bárbaras la *puerta*.

Ya al mirar nuestra flota embravecido
Sus cárabos apresta el moro rudo,
Ya del leon hispánico al rugido
Exhala el tigre hircano grito agudo,
Ya del bronce rayado al estampido
Que es para el Atlas lúgubre saludo,
Se extremece la extensa cordillera
Cual si el fragor del terremoto fuera.

Cunde el éco letal, la grey aviesa
Como azuzada játría de lebreles
Que se lanza rabiosa hácia la presa.
Entra en la lid con bríos bravoneles,
La crueldad va en su semblante impresa,
La miseria en sus rotos alquiceles,
Revelando sus torpes algaradas
Lo brutal de esas hordas desbandadas,

Yedlas, cristianos, ved, como el violento
Y abrasador Simoum llegan furiosas ;
Como la roca que rechaza al viento
Rechazad esas turbas impetuosas,
Y en batalla leal vuestro ardimiento
Destruyendo celadas alevosas,
Castigue esa canalla embrutecida

Deshonra de la raza Fatimida.

Como buenos luchad, morid triunfando,
Dignos los hechos de vosotros sean,
El valor de los héroes demostrando,
Que por su patria y por su Dios pelean,
Como las huestas del tercer Fernando
Vuestras proezas memoradas sean
Y conozca Cartago envilecida,
Que Sagunto conserva honor y vida.

Cuando al blandir la espada vencedora
Cada paso que deis marque una hazaña,
Y lanceis con pujanza áterradora
Antiguos gritos de guerrera saña:
« ¡ San Jorge y Aragon ! » — « ¡ Via, via forat ! »
« ¡ Por la patria, Santiago y cierra España ! »
...; Y arrollando contrarios escuadrones,
Victoriosos alceis nuestros pendones.

Recordad, recordad que del cristiano
La santa ley impone la clemencia,
Que es el héroe más grande el más humano,
Que la crueldad es signo de impotencia,
Tended piadosos la triunfante mano,
Al rendido, al anciano, á la inocencia,
En el combata cébese el coraje,
Para los búitres quédese el carnaje.

Ya la lucha empezó, ya victorioso
El renombre español grande revive,
Ya el Dios de los ejércitos glorioso
Nuestros ilustres mártires recibe;
¡ Al Riff bravos, al Riff ! el que animoso
Allí perece, eternamente vive,

¡ Al Riff ! purgad de bárbaros la tierra,
¡ Santiago y cierra España ; ¡ al Moro ! guerra.

MARIA JOSEFA MASSANÉS.

ELEGIA

á la temprana muerte de mi querido hijo

Eusebio ; tesoro mio !
Mi consuelo, mi esperanza,
Mi ventura más querida,
Mi ilusión más adorada :

Tú que habitas venturoso
En la mansion sacrosanta,
Donde las almas no sufren,
Donde las penas acaban,

Tú que, ángel ya en la tierra,
Volaste á la mansion sacra,
Para aumentar del Señor
El grupo que más le halaga,

Suplícale cariñoso,
Ruégale, hijo del alma,
Cruzando con fervor puro
Tus manecitas nevadas,

Que al tender su extenso manto
La noche oscura y callaca,
Cuando todo yace envuelto